En “Razón, Verdad e Historia”, el autor comienza el capítulo con una relación entre el rastro dejado por una hormiga en la arena conforme va trazando una línea que se desvía y vuelve sobre sí misma, de tal forma que acaba pareciendo una reconocible caricatura de Winston Churchill.

Pero la pregunta que nos surge de inmediato es la siguiente, ¿ha trazado la hormiga un retrato de Churchill, un retrato que representa a este personaje de la historia? Claro está que la mayoría de las personas, sin reflexionar demasiado contestaría que no, pues la hormiga nunca ha visto a Churchill ni tampoco tenía la intención de representarlo. Simplemente trazó una línea que nosotros podemos interpretar como la caricatura de este personaje. Lo mismo sucede cuando dirigimos nuestras miradas al cielo y nos parece ver determinadas formas en las nubes, y no es que el cielo haya elaborado intencionalmente unas formas que nosotros, en nuestra realidad simbólica podamos reconocer.

Pero volvamos a la hormiga, en realidad la línea no representa por sí misma. La semejanza con el rostro de Churchill no es condición suficiente para que algo represente o se refiera a esta persona. Si la semejanza no es condición necesaria ni suficiente para que alguna cosa represente a otra, ¿cómo puede una cosa representar, o estar en el lugar de otra diferente?

La respuesta parece fácil, supongamos que la hormiga conocía al personaje y que tiene inteligencia y habilidad para dibujar un retrato del mismo. Supongamos además, que ha elaborado la caricatura intencionalmente. Entonces la línea habría representado a Churchill. Por otro lado, supongamos que la línea tiene la forma de Churchill y que este hecho es un mero accidente. Entonces los caracteres impresos no habrían representado a Churchill. De tal modo que podríamos concluir primariamente que lo que se necesita principalmente para la representación es la intención.

 Pero para tener la intención de que algo represente a Churchill, debo ser capaz de pensar en Churchill, para empezar, y según parece la hormiga no tiene esta capacidad y por lo tanto tampoco la intención. Si las líneas en la arena, los ruidos, las formas, etc., no pueden representar nada en sí mismos, ¿cómo es que pueden hacerlo las formas del pensamiento?; ¿cómo puede el pensamiento alcanzar y captar lo que es externo?

Estamos aquí frente a un problema gnoseológico (de conocimiento), donde la relación entre el sujeto cognoscente y el objeto conocido depende de la posibilidad de que el pensamiento capte al objeto y realice un registro del mismo a través de una representación mental que el propio pensamiento, por medio del lenguaje, simbolizaría luego para, en última instancia volver hacia el objeto y marcar la coincidencia del pensamiento con el objeto de referencia para establecer la verdad. Es obvio que los pensamientos de la mente sí lo logran. De modo que los pensamientos y por lo tanto la mente, poseen una naturaleza esencialmente diferente a la de los objetos físicos. Tienen la característica distintiva de la intencionalidad. Recordemos que los objetos físicos están en el mundo y existen independientemente de nosotros. No es que ellos existan con la intención de ser captados, están ahí, y los captamos o no de acuerdo a nuestra intención, intereses, voluntad, deseo de conocer, etc. En definitiva, ningún objeto físico tiene intencionalidad, salvo la que se deriva de su uso por parte de la mente.